

colección rúbrica



ALEJANDRO PUERTA TORDERA

LOS TRAZOS DEL HIERRO

esstudio
ediciones

CAPÍTULO 1

Lo primero que sacó de la caja de cartón fue la fotografía de su madre. Se la veía sentada al borde de una piscina, con los pies metidos en el agua cristalina y un pareo rosado cubriendo sus blancas piernas. La luz del sol se filtraba entre las ramas de los árboles que custodiaban el jardín y se intuía, por su porte relajado, que era un atardecer tranquilo y primaveral, aunque siendo estrictos con el calendario acababa de irrumpir el verano. En su mirada había magia y bondad, mucho de ambas, pero lo que más caracterizaba su gesto en aquella instantánea se llama felicidad. Sus rollizas mejillas rosadas rezumaban bonanza, la única e inconfundible que puede acompañar a un embarazo. Era preciosa y muy generosa, según absolutamente todas las personas que le habían hablado de ella. Pensar que murió en el parto y que nunca llegó a conocerla le hizo dejar de sonreír. En el momento de la fotografía le quedaban tres meses de vida, los mismos que a Martín para nacer. Y allí estaba, a punto de alcanzar la treintena, sin tener claro cómo se sentía y regresando al pueblo donde vino al mundo. Colocó el retrato en su mesilla de noche y siguió sacando bártulos durante unos minutos. Se había propuesto ordenar la que iba a ser su habitación para después dar una vuelta por el pueblo. Quería palpar las calles, reencontrarse con ellas, respirarlas como suyas de nuevo. Quería saludar a sus nuevos o, más bien, viejos vecinos. Lo necesitaba, necesitaba ir sintiéndose un poco más cómodo antes de enfrentarse a todos los cambios que le iban a venir en los próximos días y, sin ir más lejos, al evento que le esperaba unas horas más tarde.

Sacó toda la ropa y la fue ordenando en el armario, junto a la ventana. En uno de los viajes, cargado de perchas, se quedó mirando el

jardín trasero preguntándose si de verdad necesitaba una casa tan grande. La suciedad del cristal le hizo volver a centrarse y dejó para más tarde las preguntas aburridas. Cuando hubo vaciado la maleta, se sacudió las manos quitándose el polvo que habían acumulado y las partículas que permanecieron flotando iluminadas por el sol le sugirieron que debería haber limpiado un poco antes de instalarse, pero ya era demasiado tarde.

Abandonó la habitación, bajó las escaleras de madera y observó el salón lleno de muebles cubiertos por sábanas. Resopló a la vez que avanzó y descubrió primero el sofá, luego el sillón de al lado, un aparador pegado a la pared con la televisión encima, una mesilla central y una mesa rústica grande con sus seis sillas correspondientes. De nuevo el polvo sobrevolaba la estancia, pero Martín, con los brazos en jarra, observaba la decoración como si alguien hubiese decidido por él. Y, con exactitud, eso era lo que había ocurrido, que no había decidido nada. Eso le incomodaba. E incluso le molestaba un poco que estuviese todo tan perfecto. Se giró para adentrarse en la cocina y tras ver el despliegue de electrodomésticos confirmó que, en efecto, su padre se había esmerado en darle una bienvenida por todo lo alto, cosa que no había hecho en los últimos veinte años.

Salió al jardín por la puerta trasera y se dirigió a las petunias multicolores que adornaban toda la valla desde la entrada hasta el esquina-zo. Miró hacia arriba e intentó encontrarse en la ventana minutos antes observándole avergonzado por haber aceptado aquella casa. Y, aunque no había sido un regalo, pues la había pagado con sus ahorros, estaba convencido de que Benjamín había tenido algo que ver con ese precio tan apetecible. Cada segundo que pasaba se arrepentía un poco más. Quizá estaba ante una nueva versión de su progenitor, o quizá era una muestra más de condescendencia.

Siguió la valla hasta la parte delantera y se dirigió a su *Renault* 5, que permanecía aparcado en la entrada tal y como lo había dejado horas antes. El porche, que mantenía el nivel de la casa, estaba

compuesto por una mesa, a modo de recibidor, y por un garaje en la parte izquierda que completaban la combinación perfecta para una familia feliz y aparentada, situación muy distante a su presente. Martín negó con la cabeza y refunfuñando se metió en el coche, alcanzó las gafas de sol del asiento del copiloto y salió a la calle contradicho. ¿Cómo era posible que tuviese tantos sentimientos encontrados? Los días anteriores había estado seguro de su decisión, incluso feliz de volver al pueblo que un día fue su hogar, pero en ocasiones algo tendía a emponzoñar su tranquilidad. ¿Podría ser el madrugón o el cansancio tras la mudanza? Podría. Pero fuese lo que fuese, quería sacudirse cuanto antes esa sensación de vivir en una montaña rusa.

Caminó con calma por la zona residencial, construida tras su marcha de Alcázar, y mientras se dirigía hacia el centro se dejó invadir por la tranquilidad y la quietud del barrio. Era sorprendente que hubiesen conseguido que al menos una parte del pueblo fuese tan silenciosa. Y es que lo que él recordaba era todo lo contrario. Alcázar, a pesar de formar parte de la España profunda, era uno de los núcleos de población más importantes del suroeste de Castilla-La Mancha. Tenía un censo como cualquier otro pueblo, pero sus servicios eran muy superiores a los de la zona. Desde siempre había sido un lugar muy vivo, tremendamente comercial y un punto de reunión de la comarca en la que los alrededores lo tenían como una referencia perenne. La iglesia, recién remodelada, se erigía desde principios de siglo como un bastión fundamental en el catolicismo manchego. Sobre esa base se fue cimentando la economía del pueblo pues, la plaza y las calles, que salían de ella como raíces del tronco, se llenaban de feligreses dispuestos a dejar allí sus salarios antes o después de la cita con el Señor. De modo que el crecimiento fue exponencial hasta convertirse en lo que era en aquel verano de 1982. Alcázar era conocido incluso en el pueblo de sus abuelos maternos, allá por la costa levantina, donde había vivido todos esos años atrás. Y de eso, Martín siempre había estado extrañamente orgulloso, siendo uno de los muchos sentimientos

contradictorios que su alma había albergado en guerra desde que tenía uso de razón.

Mientras continuaba con su paseo hacia la plaza lidió con todas esas batallas como había hecho toda su vida, pero se dio cuenta de que aquella lucha interna que tuvo días de ardiente intensidad, en ese instante, y probablemente debido a la ilusión por el inicio de su nueva etapa, parecían haberse tranquilizado un poco. Uno de esos respiros que mantenían la esperanza de que algún día pudiese sofocar aquellas brasas por completo. Después de todo, era el nuevo maestro del colegio y debía ser un hombre fuerte y ejemplar. O al menos aparentarlo.

Le hizo mucha ilusión ver toda la calle principal decorada de arriba abajo. No quedaba un metro sin anunciar que la semana grande de Alcázar estaba en plena efervescencia. Habían pasado casi veinte años desde la última vez que había visto esa calle vestida de gala y automáticamente se recordó cruzando el pueblo a lomos de su bicicleta sorteando comercios y vecinos mientras iba a comprar el pan. Cier-to era que, a grandes rasgos, conservaba el mismo aspecto y eso le daba cierto regocijo. Avanzó como si viese las tiendas por primera vez y a medida que iba caminando se esforzaba por localizar los cambios. Lo primero que le llamó la atención fue que la mayoría de los grandes establecimientos se mantenían con fuerza en sus lugares primigenios, a pesar de que también había claros intentos por innovar, cada uno con su respectivo éxito o fracaso. En la acera por la que caminaba pudo ver cómo la frutería y la pescadería seguían funcionando, igual que la carnicería de enfrente. Y a medida que se iba acercando a la plaza, un incesante olor fue cautivándole sin remedio alguno, era la panadería. Los vecinos iban de un lado para otro, con prisas y probablemente sin reconocerle. Todos respondían al saludo de Martín con educación, unos con cariño y otros con la expresión de intuir que tenían delante a alguien familiar, pero sin saber de quién se trataba con exactitud. Sin darle demasiada importancia, Martín siguió sus pasos hasta llegar a la esquina donde el pueblo se ensanchaba. Delante de él se extendía

la plaza, enclave estratégico de encuentros, quedadas y reuniones; sobre todo porque estaba flanqueada tanto por la iglesia como por el polideportivo. Y aún más especial fue verlo lleno de casetas, atracciones y un gran escenario que prometía una noche espectacular. No daba abasto con tantos recuerdos.

Se detuvo a admirar la iglesia antes de que el montaje del escenario la tapase por completo. La recordaba preciosa, pero tenía que admitir que había ganado en señorío y belleza. La limpieza de la fachada principal había sido un gran acierto, aunque sin duda, la remodelación del campanario era la joya de la corona. Sin dejar de admirar aquella faraónica obra arquitectónica, un tintineo comenzó a percutir en sus oídos. Sin apenas mover el cuerpo, giró la cabeza y vio otra de las tiendas que resistía como un roble amarrado a la tierra: la farmacia. Era uno más de los puntos recurrentes de la localidad pues cuando el centro de salud estaba cerrado, cualquier problema a cualquier hora era resuelto por el siempre querido señor Ortega. Pasó por delante de su escaparate y el tiempo se detuvo. En el cristal vio reflejado al pequeño Martín con la sudadera del club deportivo del *Querbes* a punto de entrar a comprar lo que hubiese en la lista que su padre le había escrito. Sin pensar siquiera si necesitaba algo, entró y las campanitas del techo dieron el correspondiente aviso al ser zarandeadas por la puerta de metal. Una vez dentro inspiró y volvió a sentirse pequeño, muy pequeño. Qué tendrán ciertos lugares que siguen oliendo igual pasen los años que pasen. Unos pasos resonaron en la rebotica y por una puerta apareció una joven rubia. Martín se sorprendió, esperaba al señor Ortega, pero en décimas de segundo supo que tenía delante a Vera, la hija del farmacéutico, unos cuantos años más mayor que el último día de colegio de 1962.

—Buenos días, ¿qué desea?

Vera no reconoció a su antiguo compañero de clase.

—Buenos días —respondió Martín sin saber muy bien cómo seguir—. Estoy de mudanza y voy a necesitar curar algunas pequeñas heridas. Ya sabes, cortes, rozaduras...

—¿Alcohol, gasas y tiritas, para ir empezando?

—Me parece un comienzo perfecto —sonrió desde el anonimato.

La joven volvió a la parte trasera de la sala y comenzó a recolectar los enseres. Martín la observaba recordándola en el patio del colegio con la misma coleta que lucía en ese instante. Eran unos críos cuando Martín se mudó, pero aun así había ciertas cosas en Alcázar que jamás se le irían de la cabeza.

—Aquí lo tiene —posó varias cajitas en el mostrador—. ¿Algo más?

—Creo que no —dudó si iniciar la típica conversación de excompañeros olvidados.

—Genial, pues serían trescientas veinte pesetas.

Martín se llevó las manos a los bolsillos del pantalón dándose cuenta de que no llevaba encima ni la cartera ni una sola peseta. Miró con cara de circunstancias a Vera y esta le devolvió una sonrisa a la vez que alcanzaba una libreta para apuntar lo que se le iba a deber.

—Lo siento...

—Las mudanzas, que vuelven a uno loco, ¿verdad?

—Esta tarde, sin falta, vengo a pagarte —dijo apurado.

—Lo siento yo, pero esta tarde no abrimos, hay unas fiestas que celebrar, forastero —y le extendió un papel que justificaba la deuda.

Martín aceptó la factura oficiosa y leyó: «*El nuevo: 320 pesetas*». Avanzó hasta la puerta con una media sonrisa y desde allí concluyó:

—No soy tan nuevo. Da recuerdos al señor Ortega —y salió mientras Vera se quedaba en silencio arrugando la frente.

Una vez puso un pie de nuevo en la calle, sintió el calor arrimando su piel contra la camisa. Miró el reloj y dio por concluida la primera incursión, de lo contrario llegaría tarde. Comenzó a desandar el camino recorrido minutos antes hasta que un tono de voz más alto de lo normal en la acera contraria llamó su atención. Junto a la casa cuartel de la Guardia Civil y enfrente de la carnicería, un hombre de mediana estatura, pelo alborotado y uniforme naranja discutía con un agente de la ley. Martín caminó con lentitud queriendo entender qué

se decían, pero era incapaz. Decidido a cruzar guiado por su curiosidad, vio la oportunidad una vez se cercioró de que ningún vehículo circulaba por la calzada y fue directo al conflicto.

—Solo quiero saber quién le ha hecho esto a mi camioneta, ¿es tan difícil? —insistió aquel hombre mientras señalaba un bollo considerable en la parte trasera de su camioneta beige.

—Le estoy diciendo que puede entrar en el cuartel a poner una denuncia y solucionar el problema.

—Es que así no se soluciona. Ha estado aparcada aquí cinco minutos y esto no estaba antes... —su paciencia estaba a punto de desaparecer.

—Le entiendo, señor. Pero le digo que si deja constancia...

—¡No voy a entrar! —interrumpió al agente mientras se dirigía a la puerta del conductor, la abrió con energía y cerraba de un portazo.

El agente se quedó con la palabra en la boca mientras Martín se acercaba por su espalda. Este se puso a su altura viendo cómo la camioneta arrancaba y daba marcha atrás para salir del estacionamiento en batería. En pocos segundos desapareció entre los árboles del bosque que engullen la carretera que sale hacia el este.

—Menudo genio... —dijo Martín al mismo tiempo que se giraba para encontrarse con el agente.

Pero lo que se suponía que iba a ser una cara conocida se convirtió en una nueva sorpresa. Su subconsciente esperaba ver a Carlos, compañero del colegio, como Vera, aunque este unos años mayor, al que le suponía ya al mando de la autoridad local. Sin embargo, la realidad fue bien distinta.

—Pues sí. No sé qué mosca la ha picado a este tipo —y negó con la cabeza hasta volverse hacia Martín.

—Sí, sí... algo le pasaba seguro... —añadió con la mente fuera de la conversación y entornó los ojos asegurando que juraría recordar que Carlos había conseguido una plaza en el cuartel—. Soy Martín, el nuevo profesor del *Querbes*.

—Vaya, policía de niños, casi como yo... —bromeó.

—A veces no sé quién es más peligroso.

—Yo tampoco. Soy David, jefe de la Guardia Civil de Alcázar.

Ambos sonrieron y se saludaron con un fuerte apretón de manos. Sin saber que llegaban tarde al encontronazo, un par de agentes salieron a destiempo del cuartel por si su jefe necesitaba ayuda. Este les hizo un gesto restándole importancia a la escenita y regresaron al interior. Ninguno de ellos era Carlos.

—¿Has llegado hace poco? —continuó David mientras se ajustaba el cinturón y la funda de la pistola.

—Hoy mismo —dijo suspirando.

—Bueno, las mudanzas son tediosas, pero has venido a un buen lugar.

—Lo sé. Alguna vez he pasado por aquí... —rio.

—Entonces será más fácil la instalación. En fin, vuelvo al tajo. Un placer y bienvenido.

Martín se llevó consigo el runrún tras el efímero encuentro con el nuevo oficial, aunque en realidad no sabía si era nuevo, porque ya dudaba de su memoria. Quizá Carlos consiguió plaza en otro pueblo o se había mudado en los últimos años. O quizá simplemente no había llegado a ascender y le vería más tarde patrullando en su turno o ayudando a cruzar la calle a alguna anciana. Quién sabe. Y aunque le extrañaba que su padre, que siempre le había mantenido al tanto de lo que ocurría por allí, se hubiese olvidado de aquello por muy irrelevante que pareciese, era consciente de que no debía darle mayor importancia.

Sin apenas darse cuenta estaba subiendo los peldaños del porche de su recién inaugurada casa. Se duchó con ligereza y se cambió de ropa. Una barbacoa al aire libre no requería un gran vestuario, pero no quería ir con la que ya almacenaba unas cuantas horas de sudores y esfuerzos. Con unas bermudas beige y un polo azul marino se sintió cómodo como para ir al encuentro de su primer evento social. Un poco precipitado y también un tanto fuera de lugar, pero no le quedaba más remedio. Se volvió a mirar en el espejo del baño y despeinó su oscura

y corta cabellera por séptima vez para tener un aire informal. Bajó con energía, arrancó el motor del *Renault* y suspiró.

En apenas cinco minutos había llegado a la zona norte de Alcázar. Salió del auto y dio las gracias por la brevedad del viaje. La tapicería, tras unas horas bajo aquel inmisericorde sol, se había pasado todo el camino escupiendo lava sobre su ropa. Tras revisar por última vez su aspecto, avanzó por el senderito de piedra que conectaba la acera con la puerta principal y, sin poder evitarlo, se dejó abrumar una vez más por aquella inmensa casa. Siempre le venía la misma duda a la cabeza: ¿para qué querrá tanto espacio si vive solo? Pero no iba a volver a sacar el tema o por lo menos era lo que se había propuesto. En pocas palabras, quería tener la fiesta en paz. Pulsó el timbre y esperó. Los coches de los invitados estaban aparcados en un lateral de la parcela como si alguien hubiese estado ordenándolos en una perfecta cuadrícula, salvo por un *Bentley* negro que, bajo la custodia de un hombre serio ataviado con traje oscuro y gafas de sol, rompía por completo el orden de los demás vehículos. Parecía de alguien importante. Más importante. Tras unos segundos, se escucharon unos pasos y la puerta de madera se abrió como si estuviese a punto de entrar al abismo de Helm. Ofelia, con el uniforme habitual compuesto de vestido azul y cofia blanca, le dio la bienvenida con una sonrisa acogedora y cariñosa. Le hizo un gesto para que caminase hacia el interior y le informó de que le estaban esperando en el jardín. Tras asentir con la cabeza y devolviéndole el cariño con otra sonrisa, cruzó el recibidor admirando las dimensiones de aquella mansión, atravesó el pasillo que daba a la cocina y desde allí salió al exterior. Antes de bajar las escaleras que llegaban hasta el césped se tomó un segundo para ver que, a la derecha, jugando en la piscina, los más pequeños disfrutaban de un chapuzón refrescante mientras que al lado de la barbacoa, fuera de la isleta, se arremolinaban los adultos. Uno de ellos, a quien no supo reconocer desde tan lejos, le señaló y todos se giraron para ver quién llegaba. Siendo el centro de atención, Martín bajó las escaleras y se acercó al grupo.

—¡Por fin ha llegado el nuevo maestro!

La decena de invitados celebró el anuncio con un grito de júbilo al unísono.

—Ya creíamos que no ibas a venir —aseguró Sebastián mientras le ofrecía un tercio de cerveza helada.

—No, no; solo que después de ordenar un poco la casa he ido al pueblo a dar una vuelta —explicó sin saber muy bien quién era esa cara conocida.

Uno a uno, se fueron presentando todos los allí reunidos. A la mayoría, Martín no los había visto en años, pero eran alcazareños de toda la vida. Dos de ellos eran Sebastián y Fernando, unos años mayores que él, pero conocidos de sobra en el *Querbes* y en el pueblo en general. Eran los populares del patio, aquellos quienes cualquier chaval deseaba ser de mayor. Incluso haciendo un esfuerzo memorístico, completó el grupo con Carlos, al que había esperado ver con el uniforme de guardia civil aquella mañana, y Francisco, que tampoco se encontraba en la fiesta. Su recuerdo situaba a los cuatro siempre juntos, eran inseparables. También con una cerveza en la mano estaban las mujeres de ambos y sus niños en la piscina, aunque Martín no supo distinguir quién era de cada pareja. Y además de aquellos viejos conocidos, entre los invitados se encontraban distintas personalidades y amistades del anfitrión, cuya presencia se estaba haciendo de rogar. Miró alrededor recordando la magnanimidad de la parcela. La construcción principal tenía tres pisos de ladrillo y mármol. Grandes ventanales y pequeñas cornisas con adornos de piedra hacían de la fachada trasera un aperitivo de lo que era la casa más lujosa de todo Alcázar y alrededores. Y por si fuese poco, el verde y la naturaleza la rodeaban trescientos sesenta grados; incluso fuera de los límites de la propiedad, una zona boscosa y otra sin edificar le daban una amplitud aún mayor.

La cerveza estaba fría, los aperitivos apagaban el hambre y el ambiente era distendido, pero para Martín, los pocos minutos que llevaba entre extraños comenzaban a hacersele eternos. Por lo que, en